

UNA NOCHE...

DIÁLOGO

Á Carmelo M. Bonet.

Bosque.—En el centro y algo adelante, pero sin llegar á primer término, un gran árbol cuyas raíces pueden servir de asiento. Este árbol divide en cierto modo en dos partes el fondo de la escena. Al principio de la acción, el teatro se supone alumbrado por las últimas luces de una tarde de verano, y luego por la claridad que filtra la luna llena á través del ramaje.

ESCENA

ELLA

(Es una muchacha de poco más de veinte años, linda, graciosa, sentimental sin romanticismos cursis. Viste un traje sencillo de veraneante, que lleva con el "chic" natural de nuestras niñas porteñas. Sin sombrero; un tul alrededor de la cabeza.—Llega por entre los árboles de la izquierda, como terminando de recitar algo que el público no oye.)

ELLA

Nada: que estos versos se me han pegado al oído. No sé cuántas veces los llevo dichos en el día. Tal vez sea influencia romántica del ambiente, y de ser esta mi primera tarde campestre después de un año entero de ciudad. Eso sí, que la he aprovechado: ¡cuánto caminar! Llevo recorrido íntegro el parque de esta posesión de mi tía, que no lo conocía yo, y es precioso, y lo mejor de él este bosque. ¡Qué buena idea la que ha tenido esa señora de invitarme á acompañarla aquí unos días!—¡Ay, pero si

estoy más cansada! (*Se sienta en las raíces del árbol al centro*). Aquí me pasaría yo la noche. Sí señor, y sería de reposo grato y ensueños dulces. (*Pausa. A poco, empieza á decir involuntariamente*):

Rauda nave que lejana
Ví surgir . . .

(*Se interrumpe*). ¿Otra vez? Me ha dado fuerte con ellos. ¡Verdad que siempre me gustaron tanto! Serán malos, serán buenos, pero á mí me encantan. — ¡La nave que se nos aproxima . . . y que se aleja; el esbozo eterno, y banal, y triste, de algo que pudo ser y que no fué! — Muchos no llevamos aquí todavía la huella de un amor hondo: ¿quién no ha sentido la nostalgia del idilio de un minuto? (*Pausa breve*). Rauda nave... (*Otra pausa. Y comienza á recitar con cierto abandono pero con naturalidad*):

Rauda nave que lejana
Ví surgir en la mañana,
De la aurora al brillo escaso,
Y acercarse con el día,
Y cruzar junto á la mía
Y perderse hacia el ocaso,

Rauda nave que ligeras
Das al viento tus banderas,
Y serena y arrogante,
Bajo el sol que te aureola
Firme al choque de la ola
Que nos bate en todo instante,
Vas hendiendo la llanura
De la mar, y en su amargura
Derramando la blancura
De tu estela murmurante,

Nave rauda, ¿qué destino
Te cruzó por mi camino?
¡Ah, tú llevas rumbo cierto,
Tú eres fuerte, rauda nave:
Yo soy nave que no sabe
Hallar sola el dulce puerto
Y que tímida y suave
Busca amparo, como el ave
Tibio nido donde acabe
Su vagar en el desierto!

Rauda nave que te alejas
Y seguir sola me dejas
Este largo batallar:
Quizá unidos en ternura
Tu poder y mi dulzura,
Afrontáramos la dura
Suerte nuestra del bogar,
Y la roca que escondida
Nos acecha, y la embestida
De los vientos... y la vida,
Toda lucha sobre el mar!

Rauda nave, hubieras sido
Recio amparo, tibio nido,
Fiel oriente para mí;
Yo tu bálsamo sereno,
Yo tu calma, la que el seno
De la mar nos hace bueno...
¡Yo quiero pensar de tí,
La de la noble bandera,
La de mi dulce quimera,
Rauda nave, que pudiera
Ser así!

Mas ya que el destino trunca
Tantos sueños por jamás,
Rauda nave que ya nunca
Veré más,

Sigue magnífica y sola,
Bajo el sol que te aureola
Cada día más distante;
Sigue, y rumbo á otra ventura
Y á otras naves . . . vé segura,
Vé tendiendo la blancura
De tu estela murmurante!

(*Pausa. Se levanta con un estremecimiento*). — Va á caer la noche. Por suerte es de luna, y no queda lejos la quinta.... (*Transición: con fastidio contra sí misma*). ¡Qué tonta soy! No me lo quería confesar, pero se me han humedecido los ojos. (*Reconviniéndose*): ¿Que no llega por ahora? — Y qué ¿son muchos los vientidós años?—¡Ya vendrá, ya vendrá mi navecita, la que será mía solamente! (*Ingenua*): Dios mío: ¿y si forzara las velas un poco? (*Pausa. Con un suspiro*). ¡Quién me diera hallar para la jornada de este mundo un alma gemela de la mía, sentimental, soñadora!—¿Quién habrá sido el autor de esos versos? En boca de una mujer los puso: me adivinó sin duda. (*Sale por la izquierda y se la oye repetir al alejarse bajo la arboleda*):

Nave rauda, ¿qué destino
Te traerá por mi camino? . . .
(*La voz se pierde*).

ESCENA II.

EL

(*Llega por entre los árboles del fondo y se sienta en las raíces consabidas con muestras de algún cansancio. — Viste traje claro y sombrero de paja, con el que se abanica*).

EL

¡Treinta por mes el lote! Sale á cinco la vara. Me he pasado de mi precio, como sucede casi siempre. También, con los dichosos gurupíes! (*Hace cuentas en el margen de un plano de remate*). Siete de diez por

cincuenta, á cinco . . . dividido por cuarenta . . . ¿Cuarenta? No: Treinta y seis mensualidades, sin interés. Además, dos esquinas, otro de diez por veinte . . . Comisión . . . hum . . . hum . . . —Total: tres . . . quince . . . diez y siete mil pesos con noventa centavos. — ¿Habré hecho buen negocio? Estoy desconfiando . . . No, si en este país, quien compra gana. Ahí está mi especulación del año pasado, en las lomas de Raquetín: aquello valdría uno la vara, lo pagué tres y lo vendí á doce. Lo que sí me tiene disgustado, es mi campo de Catamarca; las treinta y dos leguas que compré á principios del mes. ¿Con qué pago la seña, si he puesto en la casa de la calle Pichincha el dinero que me sobró del descuento de las cédulas? ¡Y ese pájaro de Valdés, que no me quiere dar más que diez mil pesos por traspasarle el boleto! — ¡Uff! (*Pausa breve*). Valdés . . . Valdés . . . ¿Para qué tenía que ver yo hoy á Valdés? — Por lo del ingenio azucarero. No, no era por lo de su ingenio. ¿Por qué entonces? Los seiscientos mil pesos al siete y tres cuartos no vencen hasta el martes que viene . . . — Ah, ya me acuerdo: es para lo de los títulos que me propuso. Este sí que me parece un lindo asunto ¡y tengo yo un olfato! — Lástima que no sea mía de veras siquiera una décima parte de los millones que maniobro . . . (*Pausa. Se levanta*). En fin, qué remedio! En estos tiempos hay que ser así, y seguir la corriente, y hacerse uno rico si puede. Ya he andado yo antes en cosas bien distintas, y perdido mi tiempo á lo pavo. — Parece mentira, pero hubo una época en que llegué hasta hacer . . . (*Ríe*). Sí: los he hecho. Es verdad que andaba en los dieciocho años, y enamorado de la vecina de enfrente. ¡Pero qué ripiosos me salían y qué cursis! (*Ríe otra vez*).

ESCENA III.

ELLA, EL

ELLA (*volviendo á aparecer por entre los árboles de la izquierda*). ¡Vaya un caso, Dios mío! ¿Por dónde he venido yo? Estoy inquieta. ¿No quedaba hacia este lado

la quinta? Sin embargo, no reconozco ahora el camino de vuelta. ¡Y la noche que se avanza! . . .

EL (*sin verla*)

Vamos, que si me detengo más se me va el rápido de las siete y cuarenta para Retiro. No estaba desagradable el sitio, pero no es cosa de comprometer con un retardo tonto el negocio de los títulos. Esta misma noche debe comunicarme Valdés la cotización . . . (*Se va por la derecha*).

ELLA

Qué niñería! Voy sintiendo una angustia . . . —No, si al fin me he de orientar. Por este lado debe de estar el eucalipto roto por el viento, y una vez que lo encuentre . . . (*Desaparece por entre los árboles del fondo. La escena queda un minuto vacía; luego se va aproximando por la derecha un murmullo de voces. Y salen juntos Ella y El*).

EL

¿La quinta de los Plátanos dice usted, señorita?

ELLA

Sí, caballero. — He llegado ayer; salí hoy al caer la tarde á caminar un rato, me he ido internando en la arboleda, y . . .

EL

Poco sé yo también de estos contornos. Si me diera usted algún dato . . . ¿Es muy lejos de aquí?

ELLA

No, señor: á cinco ó seis cuabras todo lo más. Próxima al río, una casa blanca con mansardas rojas.

EL

Ya, ya caigo. Puedo acompañarla á usted.

ELLA

¡Ay qué alegría! Gracias, mil gracias, caballero. ¡Lo que siento molestarle!

EL

No hable usted de eso.

ELLA

¿De modo que la conocía usted?..

EL

¿Blanca, mansardas rojas? Si es junto á mis lotes.

ELLA

¿Junto á . . . ?

EL

No, nada. (¡Salirle hablando yo ahora! . . . —Lo que sí, mi tren de las siete y cuarenta . . .)

ELLA

Mejor será que me indique usted el camino solamente, que así yo sabré volver. No quiero que usted . . .

EL

No, señorita, no; no faltaba más. La dejaré junto á la verja.

ELLA

No vaya usted á perjudicarse en algo importante.

EL

Yo? No: si yo andaba por aquí . . . andaba solamente . . .

ELLA

¿Vagando? Es lindo vagar por las arboledas así, sin objeto, verdad? Menos cuando se pierde una, claro.

EL

Eso: menos cuando se pierde . . . (Menos cuando se pierde el tren, y un bonito negocio á la par).

ELLA

Es lindo vagar por las arboledas. Yo no sé . . . parece que mientras está con ellas nadie puede ser malo. Baja al corazón una paz tan suave, una tan limpia frescura desde las alturas del ramaje! Y cada árbol grande y fuerte, véalo usted que no parece mirar arriba, al cielo y al sol, sino á la criatura que pasa á su pie; y sus ramas cuanto más lozanas se inclinan más para darle sombra; y más se repliegan sus raíces cuanto más vigorosas, para brindarle asiento. ¡Ay, bajo el bosque, qué bien se vive y qué bien se sueña! (*Pausa*). ¿No le acontece á usted soñar á ratos?

EL

Y bien largos, señorita. Duermo siempre de ocho á nueve horas.

ELLA

¡Ja, ja, ja, ja! (*Risa larga y límpida*). — Ahora sí que me ha despertado usted.—Qué remedio: ya me le he revelado! ¡Romántica!

EL

Pues no crea usted que yo no comprenda. . .

ELLA

Qué he de creer ¡válgame Dios! Si todo lo comprende usted; todo, menos que se sueña despierto en las horas destinadas á hacer algo útil. Porque es usted un hombre práctico.

EL

Yo. . . Yo, señorita. . .

ELLA

Sí, si lo veo; si me ha despertado usted. ¿Quiere que se lo pruebe? — A que adivino de donde viene usted ahora?

EL

Vamos á ver de dónde vengo.

ELLA

Del remate que dieron hoy junto al pueblo; esos lotes á plazos. . .

EL (*vivamente*)

Diré á usted: los míos los compré pagaderos al contado. No piense que necesito facilidades. . .

ELLA (*muy seria*)

¿Y qué tal, hizo buen negocio? ¿Consiguió barato el metro?—Por aquí debe valer. . .

EL (*de buena fe*).

¿Ocho pesos, no es cierto? Yo pagué cinco la vara, así que me parece. . .

ELLA

Tirado; si está claro.

EL

¿Tirado? ¿Cómo tirado, señorita? Eso quisiera yo.—
Cinco la vara, fíjese usted bien: la vara, que viene á
ser . . .

ELLA

Ay, se ha clavado usted entonces.

EL

Clavarme . . . como clavarme tampoco; ni es fácil
que eso me suceda á mí. Verá usted: yo pensaba
pagar cosa de cuatro la vara por esos terrenos. Pero
no sé . . . parece que mientras está en un remate nadie
puede ser prudente. ¡Y hay cada pez tan grande por
allí! Y cada chasco se pasa! A lo mejor, los precios,
brinca que brinca, se trepan al triple de lo razonable,
dejándolo á uno con sus cálculos hechos y un palmo de
narices. ¡Si me ha sucedido á veces comprar de rabia!
Recordará usted el remate del año pasado, en las lomas
de . . .

ELLA

Pues no lo recuerdo. Parece mentira, eh?

EL

(Pero si me estoy poniendo en ridículo). Usted no
se ocupa de la materia, y es natural. Excúseme usted es-
te . . .

ELLA

. . . ¿Desahogo práctico? Claro que sí. Como usted
me excusó antes mi desahogo sentimental.

EL

Oh, fué diferente. En este sitio, y sobre todo en boca
de usted, nada más oportuno ni más encantador.

ELLA

Mil gracias, pero es favor. Fué pura cursilería.

EL

Nada de eso; muy bonito. Eso de las arboledas que
dijo usted, y de la paz tan suave, y del ramaje y de
los ensueños! Si uno se sentía poeta!

ELLA

Sí? Pues ¿y lo suyo? lo del remate y de los lotes

y lo de tanto la vara? Si ya se figuraba una los carteles colorados, y las banderitas, y la carpa redonda, y el rematador trepado sobre una mesa. Hasta daban ganas de tomar una vara cualquiera.

EL

¿Sí? (*Pausa*).

LOS DOS

¡Ja, ja, ja, ja!

ELLA

Voy á serle franca: yo jamás he entendido una palabra de eso.

EL

Voy á serle franco: yo ni entiendo ni me ocupo desde hace años más que de eso. Debo de serle á usted totalmente antipático. (*Se cruzan sus miradas*).

ELLA (*bajando la suya*)

No crea usted que mi ideal sea un hombre que se lo pase poniendo los ojos en blanco, y suspirando, y entre suspiro y suspiro cantando á la pálida Selene.

EL

No? Pues explique usted cual sería.

ELLA (*sonriendo*)

Ay, amigo mío: un ideal que se pudiera explicar sería un ideal preciso, concreto; y un ideal concreto, un ideal práctico. Me pasaría á su bando de usted.

EL

Si no puede usted concretar su ideal, ¿cómo podrá buscarle?

ELLA

El ideal no se busca.

EL

Será que sin buscarle se le encuentra.

ELLA

Dicen que tampoco se le encuentra nunca.

EL

Resumen y saldo: que el ideal es algo absolutamente... ideal.

ELLA

Sí, por desgracia.

EL

No lo crea usted. Siempre he pensado, así, como cosa muy lejana y muy confusa, pero de la que hoy me doy cuenta, que hay algo en nosotros de insaciado, algo que aspira á algo que no tiene. . . No tiene, no tiene pies ni cabeza lo que voy diciendo, pero si yo pudiera expresarme. . .

ELLA

No busque usted palabras: ese algo es imposible de definir, como es imposible de alcanzar también.

EL

¿Por qué ha de serlo?

ELLA

Porque lo es; porque la tierra pisamos y en el mundo vivimos.

EL

No importa. ¿Por qué ha de serlo? — Supón que aspiramos á él y él nos esquiva, que los años vienen y no nos lo traen, y se van y nos dejan más desesperanzados cada vez; y que ante tí, mujer, pasan hombres, y no es ninguno, ninguno; y ante mi pasan mujeres, y ninguna es. Nada de eso importa: ¿quién nos dice que entre tantos días no llegará un día, quizá una noche. . . ?

ELLA (*trémula*).

Una noche. . .

EL

Una noche. . . (*Se estremecen los dos, despiertan, y se ven rodeados de la noche clara. Rien con risa que suena algo en falso*).

ELLA

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Pero has visto. . . —pero ha visto usted qué gracioso está esto? ¡Usted!..

EL

¡Y usted. . . ! ¡Ja, ja, ja, ja!

ELLA

Usted hablando así! Pero si ha estado sentimental, casi lírico!

EL

Y usted pesimista, escéptica! ¡Ja, ja, ja!

ELLA

Si resultábamos los dos desconocidos.

EL

¿Desconocidos? (*Ríen otra vez*). Como si nos conociéramos!

ELLA

Pues es verdad. Y nadie que nos presente!

EL

Nos pasaremos de él. Presénteseme usted.

ELLA

Usted primero.

EL

Usted.

ELLA (*saludando*).

Rosa María . . .

EL

Un momento. — Sin apellidos. Presentémonos sin apellidos.

ELLA

¿Por qué?

EL

Será mucho más bonito. ¡Rosa María! Ver tan fragantes nombres achatados por un González, Pérez ó López! (*Vehemente*):—¡Rosa María! le diré yo, así, con este tono. Usted me dirá: ¡Juan Carlos . . . !

ELLA (*coqueta, con un mohín*)

Juan Carlos, así, con este otro.

EL (*con un suspiro de decepción*)

¡Ay! (*Pausa*).—Y en fin ¿me lo explica usted?

ELLA

¿Qué?

EL

Cómo es ese ideal? . . .

ELLA

¿No quedamos en que era indefinible?

EL

Es verdad. Quise decir: ese algo con que usted sustituirá forzosamente, por aproximación, su ideal inalcanzable. Qué clase de hombre, en fin, entre los hombres posibles, sería su elegido.

ELLA

Eso sí. Pues mi ideal, así entendido, sería un tipo . . .

EL

Un tipo . . . ?

ELLA

Un tipo de hombre, así... vamos, como comprenderá usted . . .

EL

Si no me da más datos . . . Pero me lo figuro: un hombre que en gustos y aspiraciones . . . y ensueños, se parezca á usted lo más posible.

ELLA

No.

EL

¿No?

ELLA

No y no. Un hombre que me complemente, no que me copie. Un hombre que . . .

EL

Que . . . ?

ELLA

Que . . . (*Volviendo la cara*) que me comprenda.

EL

¡Rosa María!

ELLA (*con el mohín de antes*)

Juan Carlos? (*Pausa*).

EL

¿Quiere saber mi ideal ahora?

ELLA

Su ideal? . . . —Quiero saberlo.

EL

Pues una mujer. . . una niña: bonita, que las hay muchísimas; buena, que las hay casi tantas; sentimental. . .

ELLA

¿Sentimental?

EL

Quiero que me complementen, no que me copien.— Sentimental, decía, y las hay muchas; discreta, y las hay algunas; perfecta, en fin. . .

ELLA

¿Y las hay?

EL

No. Pero como de aquella á quien yo quiera me figuraré que lo es, doy esta condición por satisfecha.

ELLA

¿Y se da por satisfecho usted también?

EL

También.

ELLA

Ya era tiempo. Había sido exigente.

EL

Pues pido menos que usted. No pido que me comprendan.

ELLA

Es verdad. ¿Por qué?

EL

Porque hay gente demasiado inteligente para comprenderlo á uno. En fin, ¿qué resolvemos? . . .

ELLA

¿Que qué resolvemos? . . .

EL

¡Cómo! ¿Me tiene usted por un hombre práctico, y me cree capaz de haber perdido aquí una hora para no arribar á nada? Por la mujer más divina del mundo. . .

ELLA

¿Eh?

EL (*prosiguiendo*)

. . . Por la mujer más divina del mundo, un hombre práctico no pierde su tren ni se expone á tomar un resfrío. Y este es nuestro caso respectivo.

ELLA

Gracias por el piropo . . . práctico.

EL

Yo me he dejado arrastrar hace poco por terrenos . . . en fin, por terrenos . . .

ELLA

Sí: por terrenos líricos, que no le agradan á usted. No salen á tanto la vara.

EL

Precisamente. Puntualicemos ahora.

ELLA

Me divierte usted.

EL (*Incisivo*)

¿La divierto?

ELLA (*Nerviosa . . .*)

Sí.

EL

Puntualicemos. A usted le agradecería un hombre distinto, opuesto de usted, que la complementara. A mí lo mismo; digo: viceversa.—Ahora bien: usted es linda.

ELLA

Gracias.

EL

Yo feo.

ELLA

Es justicia.

EL

Nos complementamos.—Usted es buena . . .

ELLA

Gracias otra vez. Y ahora, es preciso que usted sea malo, que si nó, no nos complementamos: nos repetimos.

EL

Yo... La verdad es... (*Pausa*). Vaya un obstáculo.

(Pausa prolongada. El mira al suelo, ella á él. Por fin, se atreve):

ELLA (Tímida)

¿Juan Carlos?

EL

¿Qué?

ELLA

... Yo... . ser buena... . lo soy, pero ya sabe usted que en este mundo ¿quién hay bueno del todo?

EL

Yo no sé si seré bueno, pero malo del todo, del todo, no. (Pausa).

ELLA (Cambiando de tono)

¿Qué más había, Juan Carlos?

EL

¿Qué más en mi lista... ?—Ah, sí. Usted es sentimental.

ELLA (rápida)

Desde luego.

EL (lo mismo)

Desde luego, yo no.—¿Discreta?

ELLA

Tal vez. ¿Y usted?

EL

Yo... . yo... .—A veces no.

ELLA

Bien ¿pero las más de las veces?

EL

Sí: otras veces... . (Pausa breve). ¿Rosa María?

ELLA

¿Qué?

EL

Si echáramos sobre esto un... . un velo discreto?

ELLA

Y falta sólo la principal cuestión:

EL

La grande. Pero tú eres perfecta, Rosa María.

ELLA (*tristemente*).

No lo soy, Juan Carlos; no lo soy.

EL

No lo es nadie. ¡El solo obstáculo casi imposible de salvar!

ELLA (*suspirando*)

Imposible; del todo imposible.

EL

No del todo, Rosa María. Te lo dije ya: para todos los hombres hay un sér perfecto, aunque uno solo: la mujer á quien aman. El amor es ceguera divina, y diviniza la pobre arcilla. Me complementas: vén.

ELLA

¡Juan Carlos! (*Oculto la frente en el pecho de él*).

EL

¡Rosa María! (*Al cabo de un instante se separan algo, y se toman de ambas manos, mirándose en los ojos. Y luego ella vuelve la cabeza, y dice para sí lentamente, del fondo del alma*):

ELLA

«¡Tibio nido donde acabe

Mi vagar en el desierto! . . .»

EL *la ha oído*

¿Cómo? ¿Sabes esos versos?

ELLA (*volviendo en sí*)

¿Tú los sabes también? No creí que leyeras versos nunca.

EL

Quién se libra, alguna vez . . .

ELLA (*con curiosidad*)

Dime, ¿conoces el autor?

EL

Sí . . . sí.

ELLA

Ah! ¿Y de quién, de quién son?

EL (*con un suspiro*)

Míos.

ELLA

¿Tuyos!!!



EL

Míos. ¿No lo oíste? míos.

ELLA

¿Pero qué, cómo? ¿Tú, tú has hecho versos, y esos versos!

EL

En el colegio, ó á poco de salir. Pero ya no he vuelto á caer más.

ELLA

¿Por qué? ¡Son tan preciosos!

EL (*halagado. Autor al fin*)

¿Te gustan?

ELLA

¡Si me gustan? ¡Fueron siempre mi encanto! ¡Oh, ahora, ahora soy feliz del todo! Tuyos: eran tuyos!

EL (*reaccionando*)

¿Y sabes lo que has de hacer ahora para hacerme feliz del todo á mí también?

ELLA

¡Dilo, dilo, que con alma y vida...

EL

Pues no decir jamás esos versos, y quemar la copia en que los tengas, y no recordarme nunca que los haya perpetrado.

ELLA

Pero....

EL

Nunca, digo. No puedo rimar versos, yo que quiero hacer negocios. Cada cual, para lo que nació.

ELLA (*con reproche suave*)

Bien; está bien.—Pero al fin y al cabo, si alguna vez por los versos descuidabas los negocios, allí estaría yo para atendértelos un poco.

EL

¿Tú? (*sonriendo*). Tú déjame á mí revolverme en su prosa. Y menos que nunca he de anhelar tras los ensueños quiméricos, pues tengo ya mío mi ensueño viviente.

ELLA

¡Juan Carlos!

EL (*alejándose con ella hacia el fondo*)

Rosa María, para tu guía me llamaste. Hagamos juntos el camino.

ELLA

¡Juan Carlos! (*Se dirigen hacia la izquierda, segundo término, asidos por el talle. Al cabo de un momento, transición en ella*): Juan Carlos! (*Rompe en risa loca*).

EL

¿Rosa María?

ELLA

¿Pero no has advertido? . . .

EL

¿Qué?

ELLA

Los prodigios de ingenio que hemos hecho hace poco, para tomarlo todo muy en serio, y fingir que nos aveníamos formalmente y según nuestras reglas fijas! . . . ¡Y tú tan grave . . . ! (*Riendo*).

EL (*Riendo*)

¿Qué remedio, si todo nos salía mal?

ELLA

¿Nos complementamos de de veras? ¿de veras nos convenimos?

EL

¿Qué sé yo? Pero si nos queremos, ¿á qué sonarlo más? (*Reanudan su marcha, como antes*). — Sentimentalismos, positivismos, ideales preconcebidos: ¡quimeras! Cuando más arraigados parecen, llega el amor un día . . . ó una noche . . .

(*Desaparecen por entre los árboles de la izquierda, cerca del fondo*).

Telón.

Carlos OBLIGADO.